

El señor Ríos Gallardo refiere, atinada y claramente, cómo fue desbaratada la pretensión portuaria de Bolivia en la Liga de las Naciones en 1921 y cita en seguida la opinión de autorizados internacionalistas para establecer que los Tratados sólo pueden modificarlos los Estados contratantes.

El autor, con ponderación y alto espíritu pacifista, en forma fácil, sencilla y amena, hace la Historia de nuestras relaciones con Bolivia y prueba hasta la evidencia que ese país, del cual guardo los mejores recuerdos y donde tengo excelentes amigos, puede aspirar a cualquier cosa menos a un puerto en el Pacífico, porque es un pueblo nacido a "3.500 metros de altura, término medio, sobre el nivel del mar; disfrutaba de un clima muy distinto al de la costa, en permanente contienda; ese pueblo pertenecía de hecho al interior del Continente, a la alta meseta y no conocía el rumor de las olas. El anhelo del mar es una aspiración de la minoría blanca y no de la raza indígena, avasalladora mayoría".

Terminada la lectura del desapasionado y ameno libro de don Conrado Ríos Gallardo, no habrá ningún boliviano sensato que se atreva a sostener sinceramente el derecho de su patria al litoral Pacífico.

FIDEL ARANEDA BRAVO.

<https://doi.org/10.29393/At401-92MTAA0098>

*Mudanzas del tiempo*, de LUIS OYARZÚN.

Santiago de Chile, 1963.

Aun para el sedentario es un viaje el de la existencia por las mudanzas del tiempo, y en el libro se cumple con tal parábola por las transiciones vitales. Buena parte de la lírica no deja de ser como un viaje alma adentro, monólogo de aquel personaje que nos habita y que se pone a explicar su historia y a referir las mudanzas de su ánimo.

En el breve libro de Luis Oyarzún, el fino poeta y prosista chileno, autor de *Relatos de la Infancia*, *Las Murallas del sueño* y *Los días ocultos*, se relacionan lirismo y paisajismo en páginas a la vez concisas y sugestivas que cuentan, justamente, las mudanzas del tiempo, las experiencias de las horas, la huella que los seres y las cosas suelen dejar en el viajero espiritual. Las notas de Oyarzún de estas *Mudanzas*, como las perspicaces de su anterior *Diario de Oriente*, se unen por el coercible encanto de alma vigilante para la que las circunstancias son motivos de meditación y de poesía. De tal modo, hasta en los remansos del agua transeúnte que copian con desigual transparencia los perfiles del paisaje, aparece un rostro subjetivo para pensar o sonreír, reflejándose en tersa superficie o con el entreceño que crean las ondas concéntricas.

Viaje físico, pero por sobre todo anímico viaje el de estas páginas de Luis Oyarzún, escogidas de un diario en el que se conjuntan almas y lugares, y en las que la meditación adquiere frecuentemente la categoría del poema: "...Sufro por lo que no he de ver, por lo que no amaré en esta vida, en el ejercicio y en el tiempo de esta forma que vivo. Sufro también por lo que he visto y no habré de ver ya más. Sufro la duración que se consume

conmigo. Sufro lo que amo, estos pequeños seres, estas débiles cosas, pequeñas y débiles como yo mismo, que desearía amar siempre deteniendo al tiempo, precisamente en este crepúsculo de hoy, para que nada de esto cambiara nunca, para que nada fuera sacrificado nunca. Y en mí luchan ambos dolores, irreductibles, semejantes en su fuerza”.

Es la acción de sufrir en el sentido de la paciencia y la tolerancia, pero también en el del dolor. El saber de la finitud y la tendencia de eternidades que alcanza a esas metáforas terrenas y celestes que doran el continente sin tiempo de poetas como Juan Ramón Jiménez. Así el escribir sobre los seres transitorios, sobre la mutación de las cosas, sobre la muerte impalpable que circunda a los momentos más colmados de vitalidad y que justifica el pensamiento del filósofo que dijo que no se muere por estar enfermo sino por ser vivo, parece que alargara el tiempo de los seres y de las cosas, ya que, en reteniéndoles en la palabra, podrán vivir más allá del crepúsculo que enciende sus luces rosadas sobre la página por la que marchan nuestras letras.

El viaje de Oyarzún va por lugares en los que la calma extiende su lentitud o por paisajes en los que se dijera que alienta una dinámica medida. Busca sitios propicios para el sueño o la vigilia. “Qué bueno es dormirse —escribe— en una vieja estancia de casa grande de campo, llena de objetos que han dejado allí durante muchos años y que, perdiendo su uso, han llegado a ser pura poesía, objetos inventados por el olvido: estos marcos rotos de unos retratos que alguien despedazó o se llevó lejos, estas ruedas que ya no pertenecen a máquina alguna, estas sillas de Viena desvencijadas, pantallas de pergamino falso, herbarios, herraduras, libros de oración, todo esto que no sirve sino para entrar mejor en la delicia de la siesta...”.

El buen viajero sabe que la tierra “se nos hace familiar sólo cuando la recorremos a pie”. Conoce, por eso, que los vehículos agregan siempre un elemento de irrealidad a las visiones. “No es mucho lo que sabe un viajero que atraviesa una comarca en automóvil o en tren, del perfume de sus árboles en flor, de las emanaciones de la hierba seca, de las fogatas, de los establos. El no llega a conocer sino un paisaje cada vez más artificializado por la velocidad, hasta el punto de que el cuadro que se ofrece desde un avión ya nada tiene que ver con la naturaleza: pertenece a la pintura abstracta. El caminante es el único conocedor real del globo. Esfuerzos y fatigas imprimen en su cuerpo las sinuosidades, asperezas y palpitaciones de la tierra que llega a ser parte de su carne y a moldear sus músculos”.

Oyarzún abandona el avión, el ferrocarril, el barco, para entrar a pies por los parajes escogidos por su gusto de caminante. Por el bosque de pinos y laureles rosa de la Costa Azul. Por los senderos de los Alpes para pernoctar bajo carpa. Por tierras inglesas que surgen con sus medidas armonías, y echándose a la espalda el liviano equipaje, en busca de los límites, en pos de Finisterre. Por donde cantan cigarras tenues que anuncian no obstante la llegada del verano, por donde levanta el silencio sus torres de viento detenido, o por lares del Brasil —días de Río de Janeiro— en donde “todo habla con colores frente al mar turquesa”. Por playas de Copacabana en

donde la desnudez de los bañistas es casi una con el cuerpo azul del mar; por Ouro Preto, por Sabara.

Por más que no se anuncien los nombres de la geografía, al lado del viajero que llena otras de sus páginas descriptivas y líricas, ya sabemos que se trata de los paisajes chilenos, por la frutal compañía, por los árboles amigos. En valles de Aconcagua, matas de frutillas, nísperos de envolvente aroma y "los primeros tallos tiernísimos de yuyos y rábanos silvestres que tienen un remoto sabor a vacaciones de septiembre". El canto de los chincoles, las matas de boj, los nomeolvides. Después el otoño en la costa, el de las Dunas, de los preciosos sonetos de Pedro Prado. Los árboles de Chile, como el belloto, el arrayán, la fuerte araucaria, los estilizados álamos. La selva araucana. La costa de San Antonio.

Todo viaje escrito, y más todavía si con estas notas que saben a frutas y a espíritu, nos da la impresión de renovar viajes, de volver a ver lo conocido y adivinar lo que no vimos.

AUGUSTO ARIAS.

*En torno al pensar mítico*, de MIGUEL DE FERDINANDY. Biblioteca Ibero-Americana de Berlín, tomo III, Berlín, Colloquium Verlag, 1961, 260 pp.

Los nueve estudios que este volumen contiene representan uno de los cauces por los que se ordenan y toman forma los variados intereses y el vasto saber de Miguel de Ferdinandy, historiador húngaro que desempeña actualmente la cátedra de Literatura de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico. Se trata en estos ensayos de las manifestaciones reiteradas de algunos grandes mitos y de su poder configurador en el folklore, el arte, la poesía y la historia. Las investigaciones del profesor de Ferdinandy rebasan el campo de estas formas de vida en Occidente: la Siberia septentrional, el cercano y el lejano Oriente le ofrecen ocasiones de constatar la constancia de ciertas figuraciones míticas. Esta constancia es objeto preferente de la atención del estudioso, no sólo porque a menudo hace posible reconstruir lo que el pretérito nos ha legado fragmentariamente, sino que porque las "repeticiones" de las formas básicas de un mitologema se iluminan unas a otras en cuanto a su sentido. Pero, además, o sobre todo, esta constancia es la ocasión y el tema de la teoría que quiere ser el fundamento de las investigaciones de este tipo. En el primero de los ensayos de *En torno al pensar mítico*, el que le da su título al volumen, el autor expone las líneas generales de su pensamiento acerca de los mitos y su significación, y declara al mismo tiempo, sus propias filiaciones teóricas: L. Frobenius, G. Grey y K. Kérenyi, los grandes investigadores de la humanidad guiada y moldeada por sus mitos. A estos nombres es necesario agregar el de C. G. Jung, cuya marcada influencia sobre Kérenyi encontramos también en el pensamiento de Miguel de Ferdinandy. Leemos que "...el mito... pertenece a un mundo en el cual los pensamientos humanos están determinados